

AUTOBIOGRAFÍA FORMATIVA

Al pararme ante este papel en blanco en busca de palabras que puedan describir mi formación (entendida como aquella que ha servido para guiar mi camino, que me ha hecho buscar la mejora personal y profesional y que me ha hecho construir y deconstruir mis esquemas de conocimiento), me doy cuenta de que la mayor parte de esta no proviene de la etapa en la que debería formarme (escuela primaria, BUP, COU , Magisterio...) sino de experiencias personales, de la influencia fundamental de mi contexto familiar, y de las relaciones y experiencias que he tenido en el ejercicio de mi profesión.

De hecho, cuando me pongo a pensar en maestros que han pasado por mi vida y me han dejado “poso”, no recuerdo a ninguno de ellos por los contenidos que impartían. Recuerdo que era profesor de tal materia, y que me gustaba esa materia o no, pero sobre todo recuerdo actitudes, formas de hacer, maneras de tratarnos... y pasión.

Si me ciño a mi historia escolar, poco recuerdo de mi paso por Preescolar. No recuerdo a mis maestras, ni a mis compañeros, sólo recuerdo estar sentados en mesas redondas... Sin embargo, de esa etapa sí recuerdo a Olga, una joven maestra (supongo que maestra en prácticas) que pasó un tiempo por el aula. De ella recuerdo que se reía, que nos daba abrazos y que hablaba con los niños. Como maestra de Infantil que soy, me parece muy relevante que de lo que me acuerde sea de alguien que tuvo un paso fugaz de seguramente unas semanas y que lo que recuerde de ella sea precisamente eso: el cariño. e intento que esto se refleje también en mi día a día profesional. Tratarles con cariño, hacerles sentir importantes y queridos...

No tengo otro referente formativo hasta 6º de EGB. Felisa fue mi tutora en el ciclo superior de la EGB. Durante 3 cursos ella fue mi maestra de Lengua y Literatura, Música e Inglés. De ella hay varios aspectos que creo determinantes en mi formación. A pesar de ser transitiva en muchas de sus clases, Felisa también nos hacía propuestas que hoy día podríamos considerar innovadoras. En el aula trabajábamos la literatura utilizando la dramatización, musicando poemas, escribiendo muestras propias versiones de un estilo literario (cuentos como Poe, por ejemplo). El trabajo en grupo era una constante. Pero además, Felisa hacía una labor de tutoría que en mi opinión iba más allá de lo que suele ser habitual: en las sesiones de tutoría nos planteaba debates sobre temas que nos interesaban o que ella proponía, pero además de posicionarnos según nuestras opiniones hacíamos ejercicios de defensa de los argumentos contrarios. Su afán por formar personas le llevaban a organizar actividades lúdico/deportivas con fines benéficos que nos ayudaran a forjar una conciencia social, de ayuda y respeto hacia el otro. Repetía a menudo una frase, como si de un mantra se tratara: “no quiero flores de invernadero, que salgan al mundo y se marchiten”.

Cuando he trabajado en Primaria, me he visto a mí misma diciéndole esa misma frase a mis alumnos y repitiendo muchas de estas claves de su práctica, intentando implicar a mis alumnos en las asignaturas más allá de la mera transmisión y repetición, sino pretendiendo que disfrutaran aprendiendo, utilizando el teatro para mejorar la dinámica

grupales del aula, realizando debates para enseñarles a expresar opiniones y argumentarlas... También hay algo, en clave formativa que esta maestra que tuve la suerte de tener, me enseñó que hasta ese momento nunca había experimentado: un maestro puede ser serio, exigente, duro y respetado, y al mismo tiempo que sus clases sean divertidas, ser una persona cercana y tener en cuenta las opiniones de sus alumnos.

Además, el teatro que tanto disfruté haciendo con Felisa creo que me ha sido una útil herramienta a la hora de enfrentarme a situaciones como las reuniones con familias. Ya estoy acostumbrada a tener que hablar en público. Por otro lado, creo que fue una experiencia fundamental de trabajo en equipo que me ha ayudado a configurar mi forma de entender tanto la educación, como otros muchos aspectos de mi vida.

En toda la época de BUP y COU sólo puedo destacar a dos profesores que supusieron una experiencia formativa, más allá de una sucesión de datos y fórmulas a memorizar.

Paloma y Antonio eran profesores de Latín e Historia respectivamente. De ambos puedo destacar el interés por los alumnos, por nuestros intereses, la cercanía y el trato a los alumnos como personas. Además, ambos arrancaron una iniciativa interdisciplinaria uniendo ambas asignaturas por medio de una obra de teatro de Plauto...

El teatro nuevamente... seguramente para algunos de mis compañeros no fue una experiencia tan grata sentirse expuestos, pero a mí me cautivó... El hecho de relacionar las asignaturas, de verlo todo de una manera más global me ha servido en gran medida, sobre todo teniendo en cuenta que en la Etapa de Infantil es fundamental el tener en cuenta esa relación entre los aprendizajes, esa globalidad en la forma de trabajar las áreas y de construir aprendizajes.

En cuanto a mi etapa en la escuela de Magisterio. Salvando a dos excepciones, el modelo que tuvimos los maestros en formación fue el de profesores transmisivos, con los que la memorización y la posterior transcripción de sus charlas magistrales era el modelo a seguir.

Sin embargo, ya he señalado que tuve la fortuna de encontrar en mi camino a dos profesores que marcaron la diferencia. L. R., nos llevó a la construcción grupal de aprendizajes, a través de lecturas dialógicas. Con ella Jurjo Torres, Gimeno Sacristán, Miguel Ángel Santos Guerra se convirtieron en referentes que sancionaban la idea de Educación que yo soñaba. Con M.M.B., descubrí que había otra forma de aprender, que las clases podían ser un lugar de reflexión y construcción grupal de conocimientos, que el examen no era la única forma de evaluación posible y que existen maestros coherentes entre lo que hacen y lo que dicen. Su propuesta de evaluación por entrevista, sorprendente en mi trayectoria académica, fue una gran experiencia para mí y por primera vez sentí que se evaluaba, realmente, lo que yo había aprendido con esa asignatura. Viví la evaluación cualitativa, aunque esta luego se tuviera que reflejar en un dato numérico (por obra y gracia de las actas).

Pero, como señalé al comienzo, gran parte de mi Bagaje formativo proviene de mi experiencia profesional.

El periodo más productivo y provechoso de los años que cursé Magisterio fue, sin duda, el periodo de prácticum. Tuve la suerte de que mi tutora profesional me dio, desde el primer día, la oportunidad de hacer en el aula, no sólo de observar, tener iniciativas y llevarlas a cabo. Algo muy positivo en mi formación como maestra fue el hecho de que mi tutora de prácticas estuviera en un periodo de cambio metodológico y que compartiera conmigo sus dudas y reflexiones y la necesidad de seguir formándose. Además, al realizar las prácticas en dos periodos distintos, en dos cursos consecutivos puede ver cómo algunos cambios se materializaban. Este fue el momento en el que entré en contacto con la metodología por proyectos, en la que ella se estaba formando, y de la que yo nunca en los años de carrera había oído hablar.

Durante de mis primeros cursos como maestra interina peregriné por 8 ó 9 centros diferentes. El recibimiento que tuve en cada uno de ellos fue totalmente diferente: desde el acogimiento y acompañamiento hasta la total indiferencia, pasando por el desprecio y desprestigio ante las familias y compañeros por hacer algo “diferente” a las fichas.

Esta experiencia me influyó de manera determinante al conseguir mi plaza definitiva, pues me consideraba parte responsable de la acogida de los nuevos maestros que llegaran al centro. Este sigue siendo un aspecto que me preocupa mucho y que este año que he cambiado de centro estoy viviendo de nuevo con intensidad.

Mi paso por el Colegio Rural Agrupado (CRA) de Lozoyuela, ha sido el gran hito formativo de mi carrera como docente.

Esta experiencia de 7 cursos ha ido configurando quien soy como docente y quién quiero ser. El tener grupos reducidos es una experiencia preciosa, en la que la relación con los alumnos se intensifica. Mi visión de centro educativo también cambió radicalmente. No sólo porque estuviéramos a hasta 25 kilómetros de distancia entre los diferentes pueblos que lo componíamos, sino porque aprendí a apreciar la importancia de los agrupamientos flexibles, de los grupos heterogéneos, de la relación con el contexto y la repercusión de la vida del centro en la vida del pueblo...

Poder compartir esta experiencia con un equipo docente de excepcionales características lo ha hecho aún más enriquecedor. Este curso, en el master, me he ido haciendo cada vez más consciente de la excepcional experiencia que ha supuesto, de la que estaba orgullosa, pero sin saber lo realmente única que resulta.

Un Equipo Directivo que defiende un proyecto basado en la unión de un claustro y en la importancia de los grupos de trabajo y la formación en centro, cuya prioridad son los alumnos y que trabaja incansablemente por la incorporación de las familias en la vida del centro (tras una larga trayectoria de exclusión de la familia de la vida escolar). Un Equipo Directivo con ideas tan peregrinas como sancionar a los chavales con labores comunitarias que restituyan el daño causado (por ejemplo, tras insultar gravemente a un

niño de educación especial, tener que dedicar parte de su tiempo a estar con esos niños, ayudándoles, jugando con ellos...y ser el padrino escolar de ese niño anteriormente agredido por él), en lugar de sanciones punitivas (y poco educativas) como la expulsión.

En este mismo contexto, nos planteamos la necesidad de sustituir los libros de texto por una metodología que se adaptara a nuestra realidad de aulas con edades mixtas. En este camino nos acompañaron, en una experiencia de formación en centro, los maestros del CEIP Príncipe de Asturias, que llevan trabajando por proyectos en todos los niveles educativos desde hace más de 15 años. Nos ayudaron a crear una estructura, una red de significados compartidos... Ellos nos acompañaron en el proceso y cuando echamos a andar solos se retiraron, dejando que elaboráramos nuestra propia identidad de centro.

De esta formación en centro surgieron diversas consecuencias: por un lado, la creación de un grupo de trabajo en Infantil que durante años fue pilar básico de nuestra labor docente y que considero una experiencia formativa muy importante en mi historia personal. Esas reuniones de grupo de trabajo, entre compañeras de los distintos pueblos que formaban el CRA, con distintas composiciones de edad en nuestras aulas (3y 4; 5 y 1º; 3, 4 y 5...) diferentes historias formativas personales, experiencias, etc., en busca de un proyecto común, configuraron una sensación de unidad, de identidad como grupo, que ha sido fundamental en el resultado de nuestra labor docente. En estas reuniones compartíamos lo que cada una llevaba a cabo en su aula y veíamos distintas maneras de enfocar una misma situación, distintos materiales, proponíamos actividades, nos retroalimentábamos y, sobre todo, nos ayudábamos y acompañábamos en el camino personal de cada una en el aprendizaje del trabajo por proyectos.

Esta labor de equipo y el tratarnos de un centro no ordinario, nos llevaron a la Universidad Complutense invitadas por un profesor de la especialidad de Infantil. El tener que acudir como ponente a las clases de magisterio a contar nuestra experiencia nos llevó a un paso más allá: hacer visible nuestro trabajo, llevar la escuela a la universidad. Esto es algo que en mi etapa como estudiante nunca tuve, y creo que puede ser una de las oportunidades de aprendizaje más importantes para un maestro en ciernes. Además, el tener que pararnos a reflexionar sobre nuestra práctica, cómo contarla, qué puntos destacar, cómo mostrarles nuestra labor diaria... nos ayudó a detectar debilidades y fortalezas de nuestro día a día y a buscarles soluciones.

Como expuse al comienzo es el ejercicio de la profesión lo que más impacto formativo ha tenido en mí, y esto se refleja en aspectos como la forma en que me relaciono ahora con las familias y cómo lo hacía antes, mucho más ansiosa (lo que transmitía inseguridad a las familias y generaba problemas de comunicación entre nosotros). También en la manera de afrontar situaciones problemáticas, como puede ser un pequeño accidente en el aula (he aprendido a no incrementar la angustia de los niños y los padres). He ido aprendiendo a ser más flexible, menos cuadrículada, a adaptarme a los niños, y no ellos a mí... en este ámbito aún me queda mucho camino, pero voy aprendiendo a vivir en la incertidumbre.

Comenzar a trabajar por proyectos, supuso un momento destacable en mi formación. Al principio simultaneaba los libros de texto con un pequeño proyecto al trimestre; después comencé a versionar los libros de texto, para adaptarlos a mis proyectos de aula; tras eso comencé a trabajar sin libros... Todo un proceso de autoformación.

Mi periodo actual está siendo muy valioso en mi proceso formativo, no sólo por estar cursando este Master, sino porque después de 7 años en un mismo centro, con unas formas de hacer, de entender la Educación, me encuentro en un lugar diferente, con compañeros distintos y estoy teniendo que reajustar mis esquemas a mi nueva realidad.

No puedo olvidarme de algo fundamental en mi camino formativo, como son las lecciones que día a día me dan mis alumnos/as. Cómo ellos me van indicando el camino hacia el que dirigir mis pasos y si lo que vamos construyendo juntos es valioso o no. Recuerdo el caso de Bea, una niña que me enseñó la importancia de la funcionalidad de la escritura y la lectura. No me puedo olvidar de Noa, una niña que ya está en ESO y que quiere ser egiptóloga porque en 5 años hicimos un proyecto de Egipto...

Hay un aspecto, que no puedo olvidar en toda esta trayectoria formativa, como es la influencia de mi familia y contexto en el quién soy como docente, y obviamente como persona.

Desde mi más temprana edad mis padres, mis mejores maestros, me han cuestionado sobre todo tipo de cosas, pidiéndome argumentación sobre todas las opiniones que formulaba, rebatiendo y contraargumentando y con una cantinela continua “para poder opinar de algo hay que saber de lo que se habla, Irene, y no conformarse con la versión que otro te da”.

Creo que esa es una de los grandes legados formativos que he recibido en mi vida, esa y la pasión por aprender.

Pero además, la actitud ante los retos, el no conformismo, la implicación y repercusión de nuestros actos y decisiones. Todo ello sin olvidar, una conciencia social, como ciudadana y como maestra.